

LA PALABRA DEL MAESTRO

DISCURSO INAUGURAL PRONUNCIADO POR EL DR. FED. HENRIQUEZ Y CARVAJAL, PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

Inicio este acto público y solemne dándole sentidas gracias a la selecta concurrencia que le dá realce con su presencia a guisa de concurso social y cívico.

La Academia Dominicana de la Historia realiza este acto, en honor y homenaje rendidos a la memoria de Manuel Rodríguez Objío, en cumplimiento de un deber cívico y con el propósito de exaltar las virtudes y las glorias nacionales como próceres civiles de la República.

La proceridad es la credencial con que se entra en el Agora de la Historia.

Manuel Rodríguez Objío, desde el alba de su juventud, primavera de la vida, iba por esa vía. Era un precoz en el amor y el cultivo de las bellas letras. Desde los quince años y en algo más de un lustro brilló en su estadio como escritor y como Poeta. El Escritor tuvo nobles ideas y noble estilo. Como Poeta puso en la lira su alma dominicana. Hay cuatro versificadores que fueron, en el primer período de la República, los poetas nativos, dominicanos por antonomasia, porque cantaron el amor y la vida campesina en trovas fáciles y llenas del color y de la fragancia de las flores silvestres. Son éstos: Félix María Del Monte, Nicolás Ureña, José María González y Manuel Rodríguez Objío. Son los cantores regnicolas dominicanos.

La proceridad de Rodríguez Objío se integra con cuatro caracteres: como Poeta, Escritor, Restaurador e Historiógrafo.

El Restaurador ocupa un primer plano en el escenario de la revolución iniciada en Capotillo. Tres jóvenes —los más jóvenes— se destacan en ese plano. Son los representativos de la generosa juventud que puso su heroísmo al servicio de la Patria. Rodríguez Objío tenía veinticuatro años cuando, luego de servir con las armas en campaña, formó parte del Gobierno establecido en Santiago de los Caballeros. Gregorio Luperón tenía veintitres cuando, como General, comandó las huestes libertadoras en el Norte, el Sur y el Este del territorio insurrecto. Federico de Jesús García solo contaba veintidos

cuando con el mismo grado, contuvo en Monte Cristy los regimientos españoles de la Gándara. Son tres figuras bizarras de la juventud restauradora.

El historiógrafo aparece a raíz de la victoria. Inéditas yacen aun, en su mayoría, las páginas escritas por él, como testigo y actor, con fervor patriótico y con sinceridad dominicana.

No debo guardar silencio sin evocar un episodio anecdótico de la hora triste, oh dolor de las añoranzas! en que la tiranía se cebó en su víctima sin oír el clamor de la ciudad en duelo. Rodríguez Objío era aun muy joven y un ambiente de simpatía lo había envuelto en su velo diánc. Iba a cumplir 33 años como el Cristo!

Corría el año 1871 y, como el Poeta malgrado era hijo de esta logia, (la Cuna América) celebró funerales públicos en honra del fragmasón tenecio. Yo tenía entonces veintidos años y era el orador de la Cuna. El acto nocturno tuvo una nutrida concurrencia. La oración, aunque emotiva, aun no alzaba el vuelo. Un apóstrofe lo inició; y, cuando yo exclamaba —“oh miserias de la pontica militante!” una voz trémula me decía: “ahí está el Gobernador”..... El orador no se arreuro por eso. La palabra libre continuo su discurso en medio de silenciosas lágrimas....

No pocos creyeron que “el imprudente” iría desde allí a la cárcel.... Pero el Gobernador se retiró sin hacer un gesto y sin decir una palabra.

Más tarde circuló en la ciudad una hoja periódica publicada, en la línea fronteriza dominico-haitiana, por la revolución antianexionista, en la cual se leía una página referente al fusilamiento y a los funerales del ilustre prócer.

Tampoco entonces fui preso ni desterrado. Dos años después mi expulsión coincidía con la revolución fusionista, iniciada en Puerto de Plata el 25 de Noviembre de 1873, la cual dió en tierra con el régimen de los “Seis Años”.

Sea este recuerdo histórico mi ofrenda cívica a la memoria del joven Restaurador y Prócer civil que fué mi amigo y un noble representante de la juventud dominicana!!!



DISCURSO DEL ACADÉMICO LIC. EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI

Señores académicos,

Señoras y señores:

La Academia Dominicana de la Historia ha confiado a la pobreza de mi palabra el alto y honorador encargo de ofrecerlos, en este día de merecida glorificación, el elogio del poeta, historiador y periodista, soldado y mártir de la libertad que fué Manuel Rodríguez Objío.

Nunca mayor zozobra para mi pensamiento, huérfano de las fuertes alas requeridas para seguir, en toda su agitada trayectoria, la órbita de aquella solitaria estrella que brilló por un instante en nuestro firmamento, y que luego se hundió, como todos los astros de nuestro cielo, en los abismos de la desesperanza y de la muerte.

En Rodríguez Objío se cumplió el triste sino con duro ensañamiento: fué poeta, y le convirtieron en soldado; fué soldado, y le arrastraron a las oscuras tribulaciones de la política; fué prócer, y le arrojaron a injusta prisión; fué gladiador y heraldo de la libertad, y lo llevaron al patíbulo.

Empero, aquella vida, segada en la flor de los años, hoy se alza ante nosotros como en sus días de gloria, vencedor de sus crueles adversarios, y le ofrece a las generaciones del presente el aleccionador ejemplo del patriotismo, de la juventud y del talento, debatiéndose generosamente en aquel caos social del que sólo Duarte pudo salir inmaculado.

De familia esclarecida por el nombre y la virtud, el 19 de diciembre de 1838 nació Manuel Rodríguez Objío en esta legendaria ciudad que fué también su dramático sepulcro. Apenas contaba un lustro cuando la aurora de la patria llevó a su tierno espíritu la primera impresión. Su alma recogió de aquella luz encendida en las espesas nieblas del cautiverio; sus ojos infantiles vieron flotar la enseña trinitaria donde la víspera señoreara el odiado estandarte de los dominadores; su corazón participó del patriótico enardecimiento de los moradores de la vieja ciudad de los Colones en la mañana de febrero; todas las fibras de su ser, en extraña tensión, afinaron el cordaje sonoro de su sensibilidad, y a destiempo hubo en él ese fecundo y misterioso génesis que se produce en las grandes almas en supremos instantes. Cuando Eros, el dios alado, tocó a su pecho con la dorada punta de sus flechas, ya la patria le había transmitido los mágicos alientos de la musa heroica, y le había robado sus primeros arpegios junto con sus primeros ayes.

Vió al triste Duarte, al infortunado Sánchez, al intrépido Mella, a Pérez y a Pina, arrojados como materia inmundada hacia el destierro; vió

tristezas y desazones donde antes florecía el patriotismo; y vió, según sus propios versos,

La perla de Colón gemir exhausta
pudiendo apenas sacudir osada
la cerviz por sus hijos abatida.

Y así, llenándosele el alma de oscuras pesadumbres, dejó el hogar a los catorce años, ya huérfano de padre, y fué a errar por la orilla del Hudson, en enero de 1855, temprana peregrinación que le preparó para la vida, templando su carácter, tan independiente y tan altivo, como era su espíritu de indomable y ardoroso. Apenas había salido, entonces, de las aulas del Colegio de San Buenaventura, abierto en 1852, donde recibió las doctas enseñanzas del Pbro. Gaspar Hernández, de Felix María del Monte y de Alejandro Angulo Guridi.

En 1854, bajo el absolutista señorío de Santana, la juventud capitalena fundó la Sociedad AMANTES DE LAS LETRAS. Organó de esa benemérita agrupación, a la que perteneció Rodríguez Objío, fué el periódico literario EL OASIS, claro manantial en amargas soledades, en esa oscuridad en que el más leve rayo de luz era como una aurora que jamás pasaba de ser una esperanza.

Al malograrse las ilusiones de paz y de progreso de la meritoria sociedad, Rodríguez Objío se trasladó a la ciudad de Azua, por el año de 1856, y al siguiente año, arrastrado por los acontecimientos políticos que ensangrentaron el país, se vió de improviso con el arma al hombro en aquellas luchas de hermanos contra hermanos. ¡Triste destino el de esa juventud aleccionada en tan aciaga escuela! Del campamento de Mangana, donde perteneció al Estado Mayor del General Santana, entonces al frente de las tropas que sitiaban a Santo Domingo, pasó Rodríguez Objío a servir las funciones de Secretario del Ministerio de Interior y Policía, cargo que renunció cuando la Sociedad Amantes de las Letras, cobrando nueva vida, fundó el periódico literario FLORES DEL OZAMA, en que el joven poeta publicó, entre otros trabajos literarios, algunos de sus versos patrióticos y su bello estudio acerca de "si César fué un bien o un mal para Roma", que todavía pueden leerse con deleite.

Mientras la musa erótica y sentimental ejercía su fácil preeminencia en casi todos los bardos de su generación, Rodríguez Objío extendía sus alas por regiones más altas cantándole a la Patria, a la religión y a la fe que animaba su espíritu. Pero no fue extraño a las influencias de dos grandes poetas, lo que explica, en parte, su azarosa vida. El mismo lo declara en sus Memorias: "El genio y la naturaleza de Espronceda



me entusiasmaban. Cuando tuve noticias de Byron me enamoré perdidamente de él”.

Nuevas vicisitudes, como siempre, le arrebataron del lar nativo y le llevaron a la solitaria Isla de Saint Thomas, ya en los días precursores del crimen de la Anexión a España. Encontróse allí con el glorioso y desdichado Francisco del Rosario Sánchez, con quien le unía honda amistad.

El joven poeta fué a visitarle. “Es preciso,— le dijo Sánchez,— que cooperes en evitar esa anexión vergonzosa que no es sino una traición infame manejada por Santana y sus esbirros”.

“General,—respondió Rodríguez Objío,—cuente Ud. conmigo; y aún cuando la oposición a este acto diera por resultado el advenimiento de Báez, no me vería Ud. vacilar. Cualquier hombre es preferible a una dominación extraña”.

“Así te quiero, Manuel”, contestó Sánchez, que bien debía ser objeto de su amor todo el que amara su bandera.

Después de la tragedia de San Juan, perdida toda esperanza de redención, Rodríguez Objío volvió a su Patria; se hundió en la soledad del campo, y estuvo en apartado retiro hasta que, hallando eco en su sensible corazón las dianas de Capotillo, y anticipándose a la persecución de que fué objeto, logró embarcarse para Curazao el 17 de septiembre de 1863, precisamente el mismo día en que hacían su entrada a Santo Domingo las primeras tropas españolas vencidas por los restauradores.

De Curazao pasó a Caracas, el 7 de octubre, y allí, el joven patriota que poco antes había estado junto a Sánchez, ahora estaba al lado de Juan Pablo Duarte, heridos sus corazones por el mismo dolor y por las mismas ansias. ¡Qué extraterrena irradiación bañaría su espíritu en la augusta presencia de aquel Mártir!

Rodríguez Objío, que ostentaba a la sazón las charreteras de Capitán del ejército dominicano, recibió entonces, de manos del Fundador de la República, el despacho de Coronel.

Ambos se entregaron de inmediato a la tarea de recabar del gobierno del General Falcón recursos para la guerra contra España, largas gestiones que fueron poco menos que infructuosas. El 16 de febrero de 1864 salieron para Curazao y de allí, pocos días después, se embarcaban con el General Mariano Diez, Vicente Celestino Duarte y el Comandante Candelario Oquendo, rumbo a las costas dominicanas. ¡Hermosa odisea la de estos Ulises del patriotismo, juguetes del mar en frágil embarcación perseguida de cerca por el vapor español Africa!

Un liberal español, un ignorado hidalgo, de esos que luchan por la justicia aun en contra de su Patria, los condujo a las playas de Monte Cristi, y de allí tomaron el camino de Santiago a ponerse a disposición del Gobierno Provisorio, entonces presidido por Pepillo Salcedo.

Rodríguez Objío fué destinado inmediatamente al Campamento del Sur, a las órdenes del General Manuel María Castillo, jefe de aquel sector, donde ganó, a fuerza de abnegación y de denuedo y sirviendo arriesgadas comisiones, los primeros laureles de su proceridad, y donde, el héroe de Santomé, luego sustituto del general Castillo, le confirmó el grado de Coronel que le había sido otorgado por el egregio Duarte.

En aquellas horas de crisis de la revolución, cuando se iniciaron las frustradas negociaciones entre los restauradores y el General la Gándara, Rodríguez Objío fué designado Plenipotenciario del Gobierno Dominicano y enviado con tal calidad a Monte Cristi, en compañía de otros generales, misión inútil en aquel piélago de opiniones tan opuestas.

Tras la reacción que le costó la vida a Pepillo Salcedo, el General Gaspar Polanco asumió la Presidencia de la República en armas, y Rodríguez Objío, que frisaba entonces en los 25 años, cuya personalidad ya cobraba merecida notoriedad, fué nombrado, el 15 de octubre de 1864, Ministro de Relaciones Exteriores, y seis días después, General de Brigada.

Con actividad pasmosa y sin ejemplo, a la vez, que servía las funciones de su Ministerio, se entregaba fervorosamente al periodismo, que contribuyó en tan alto grado a imprimirle a la revolución el solemne carácter nacionalista de que carecía. Desempeñaba por la frontera una importante comisión, cuando en Dajabón le sorprendió el movimiento que derrocó la dictadura de Polanco. De regreso a Santiago, el 31 de enero de 1865, fué cargado de grillos junto con sus compañeros de gabinete.

—No fueron días de ociosidad los de la cárcel: dejó en su DIARIO emocionantes páginas, rebosantes de ardor patrio y de belleza y de su fe en el triunfo de la causa dominicana.

Al concedérsele la libertad, por no existir cargos contra él, recibió la orden de ponerse bajo el mando del General Cabral, a cuyo campamento de San Juan llegó el 17 de abril. Pocos días después entraron las tropas revolucionarias a la ciudad de Azua y luego, el 12 de julio, a Santo Domingo, victoria que tendría para él, sin embargo, su inevitable acíbar: su madre y su esposa habían sido objeto de la saña del General la Gándara, quien las condujo como rehenes al vapor VASCO NUÑEZ DE BALBOA, en compañía de otras familias dominicanas víctimas de la ira española de esos días.

Al finalizar la guerra de la Restauración, Rodríguez Objío no logró apartarse de la política ni dejó de inmiscuirse en las contiendas fratricidas, condenables si se consideran como productos de barbarie o como rémoras de la civilización y del progreso, pero muy nobles y muy justificadas si se estudia el fondo nacionalista que las animara casi siempre. Nadie juzgó como José Martí esas revueltas que le dieron al pueblo dominicano el título de belicoso, consagrado por el



historiador Estévez. En una página desconocida, al referirse Martí a nuestras guerras, según él en "apariencias mezquinas, por más que fueran forma natural de la inevitable contienda que en los países nacientes surge, entre las personalidades fuertes y bravías que asaltan el mundo, y los hombres de pensamiento, previsión y justicia que se les oponen", exclamaba: "No hay luchas más nobles que estas pequeñas guerras! Bien idas están, y no vuelvan nunca, ni para Santo Domingo, ni para ninguno de nuestros países! pero no se quiera hacer de ellas culpa ignominiosa de las Repúblicas que en la misma frecuencia de esos combates tienen su mayor decoro! Allí, donde se ha peleado menos, el carácter tardará más en desenvolverse, y los hombres han adquirido hábitos funestos: donde se ha peleado más, se ha andado más aprisa: se ha pasado por lo inevitable, y se está llegando antes a lo útil. Así dan mejor fruto los campos bien regados".

Afortunadamente para su nombre, Rodríguez Objío aparecerá siempre en esas luchas al lado de los próceres más íntegros: en el partido azul o partido nacional, heredero de la porción más pura de la legión restauradora.

A fines de 1865 servía el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el Gobierno de Cabral, cuando el cándido Protector le franqueó las puertas de la Presidencia a Buenaventura Báez. El antiguo Mariscal de Campo español le tuvo entonces por amigo y le designó su Delegado en el Cibao. No se aprovechó de su amplia autoridad para servir egoístas intereses de partido, ni para medrar y enriquecer su hacienda, sino para reanimar la desmeñada hueste nacionalista y para defenderla de injustas persecuciones, lo que le valió reproches del mismo Báez.

Para contener la inusitada demasía del General Lovera, aquel célebre gobernador de Puerto Plata que le dió solemne sepultura a su caballo, Rodríguez Objío fué designado para ocupar la gobernación de ese Distrito, cuando ya se agitaba la conspiración que derrocaría al Presidente Báez. "En aquella ciudad, —dice el poeta José Joaquín Pérez,— donde nunca Báez ha podido contar con partidarios, casi se le obligó a que diese el grito de rebelión contra aquel mandatario, secundando el movimiento iniciado en otros puntos del Cibao".

Corría el año de 1866. Desde Puerto Plata, que se había pronunciado contra el gobierno, despachábase un barco hacia las Islas Turcas en busca de Gregorio Luperón, caudillo de la revuelta, jubilosamente recibido en su pueblo natal el día 28 de abril. Entre la ardorosa muchedumbre estaba Rodríguez Objío, ajeno a lo que significaría en su vida aquella escena, principio de sus mayores infortunios. A su palabra, la del Gobernador, por ser la primera autoridad, y por existir entre él y Luperón los viejos fuertes vínculos de la manigua en la guerra restauradora, le fué confiada la salutación del ilustre sol-

dado de la libertad. Entre los jubilosos vítores y los marciales acordes de la música, pronunció, frente al héroe, su fatal discurso:

CIUDADANO GENERAL: La Providencia que ha conducido hasta aquí mis pasos, me destinó, sin duda, a recoger y depositar en vuestras manos el pabellón glorioso que por segunda vez levantásteis con heroico denuedo, como símbolo de libertad. Cuando por una desgracia inexplicable el partido nacional tuvo que inclinarse bajo la manchada planta de los españolizados, yo deploré en el fondo de mi alma aquel suceso: pero a la vez que el corazón me impulsaba a rehazar noblemente el gobierno de un traidor, la cabeza me ordenaba seguir una conducta distinta... En esa lucha de mi corazón y mi cabeza el triunfo fué de la segunda.

Yo siempre había sido designado como enemigo del Mariscal Báez. El ostracismo, la cárcel me amenazaban de cerca. El destino que cupo a todos los hombres de la Restauración mis compañeros, ese mismo debió caberme; más negro si se quiere: vos, ciudadano General, sabéis la razón.

Queriendo esquivar la persecución y ser útil a mis compañeros de glorias y de reveses, mentí fidelidad al nuevo amo: aquel hombre, enemigo eterno de mi Patria y de mis amigos, tuvo la debilidad de creerme, encomendándome una misión de importancia en el Cibao, y más tarde el gobierno civil y militar de esta Plaza que debía ser el camino de vuestro triunfo... Los sucesos han coronado mis deseos, pues al primer grito de los míos he estado en aptitud de asegurarles este importante Distrito, y abrí las puertas de la Patria. Mucho he sufrido moralmente, ciudadano General, habiéndome visto condenado a hacer un nuevo sacrificio en obsequio del gran partido nacional: el de mi conciencia torturada. En lo futuro, ciudadano General, estoy dispuesto a renovar el sacrificio de mi sangre como soldado.

El 25 de este mes pude arrojar definitivamente el disfraz, encabezando el pronunciamiento de esta Plaza: en tal hecho el espíritu nacional me ha guiado. A LOS TRAIADORES ES PRECISO HERIRLOS A TRAIACION.

Ciudadano General, después de consumada la obra puedo aseguraros que mi mayor satisfacción es presenciar el triunfo de mis colegas, al cual he cooperado eficazmente: ninguna recompensa me prometo por ello; cual que sea el puesto que yo ocupe, bendeciré siempre a los hombres de la Restauración, y seré uno de los mejores apóstoles del partido nacional. Entre el Mariscal Báez y el compañero y amigo del héroe de La Canela no puede existir lazo alguno.

Vivan los héroes de Capotillo!

Tal fué el memorable discurso, grito desbordante de fervor patriótico, tan irreflexivamente censurado. En el enjuiciamiento de ese acto jamás deberían descontarse las circunstancias que lo rodearon: fué en un pueblo radicalmente adverso a Báez; era la lucha del partido nacionalista, surgido de la Restauración, contra el partido rojo cuyo jefe había ostentado la faja de Mariscal de Campo español; y ser fiel a Báez habría sido, a la postre, ser infiel a la República. Entre ser infidente a la Patria o al mandatario



en cuyo pensamiento ya germinaba el nefando crimen de la Anexión a los Estados Unidos de Norte América, optó por ser desleal al desleal a la nación. Y así, aquel joven, que apenas contaba 27 años, cegado por el inevitable magnetismo que irradiaba la personalidad de Luperón, tan fuerte y poderosa que influiría en esos altos espíritus que fueron Hostos y Betances, le entregó la plaza de Puerto Plata y le abrió a la revolución el camino de la victoria.

Para vindicarse del dictado de traidor con que sus adversarios quisieron infamarle desde entonces, decía: "la exaltación del momento puso en mis labios un discurso que sólo podía ser bien acogido en el instante en que fué pronunciado. Su impresión desacreditó su sentido; y lo que en una situación fué un acto de abnegación generosa, o de energía brutal, tomó las apariencias de una inmoral fanfarronada. . . . Mis enemigos no perdieron la ocasión de herirme con mis propias armas. Yo había sido bastante imprudente para suministrarse. Bien visto, dos absurdos resaltan en mi alocución: el primero consiste en asegurar que había mentido fidelidad a Báez, cuando a la verdad jamás tuvo este hombre la ocasión de inquirir sobre mis opiniones. . . . El segundo absurdo consiste en calificarme de traidor hiriendo a otros traidores. No hay traición, —dice Saint Remy,— sino cuando se combaten o los principios o la Patria."

Esa mal entendida lealtad, fanáticamente profesada al General Santana, fué lo que convirtió al heroico Puella, a Suero, a Valerio, a Valverde y a tantos más, en servidores de España en contra de su patria. Esa misma lamentable incondicionalidad, consagrada a Buenaventura Báez, a la que se sustrajo Rodríguez Objío, fué también la que puso, anticipadamente, en manos de antiguos próceres, la bandera de las franjas y las estrellas con que Báez quiso sustituir nuestra bandera.

¡Bendita sea, pues, la infidencia de Rodríguez Objío, y benditos sean los infieles de tan noble linaje!

Arma al hombro, junto a Luperón, Rodríguez Objío se fué a la guerra. Combatió denodadamente en La Cumbre y siguió en todas las vicisitudes de la campaña, ora escribiendo, ora peleando, siempre al lado de su héroe. Al advenir la paz, dejó el arma y fundó el periódico santiagués LA VOZ DEL CIBAO, heraldo del nacionalismo contra las continuas intrigas del partido baecista, que acaudillara aquel malogrado estadista que fué Buenaventura Báez, tan admirable en su primer gobierno como vituperable en los postreros.

Los acontecimientos de principios de 1868 lo arrojaron de nuevo a las desolaciones del desierto. ¡Cuántas congajas y peligros los de esta angustiosa peregrinación!

Desde el Ozama, antes que sufrir de nuevo el ominoso régimen de Báez, cerca de cien perso-

nas abandonaban la orilla del Ozama con sólo esperanzas de miseria y de muerte. Fué el memorable viaje hacia el árido y desierto islote de Guaiguasa, en cuya travesía fué arrojado al mar, víctima del cólera que infestaba las costas venezolanas, el Presbítero Dionicio Valerio de Moya.

Dos poetas, compañeros en la aciaga aventura, Rodríguez Objío y José Joaquín Pérez, sentirían crecer en sus pechos el odio a Báez, en el dantesco espectáculo: el cuerpo inanimado, ceñido el oscuro hábito sacerdotal, hundirse como un ánora humana en la soledad y el misterio del océano, tras el responso de las olas.

Rodríguez Objío no quiso permanecer en los nostálgicos ocios del ostracismo, y muy pronto se trasladó a la capital haitiana con el propósito de unirse a los que allí conspiraban contra Báez, pero perseguido por Salnave, a instigación del mismo Báez, logró escapar hacia los Estados Unidos de Norte América. De allí pasó a las Islas Turcas, cuando Luperón se preparaba nuevamente a levantar el estandarte de la infortunada rebelión que le costó la libertad al desdichado poeta, y luego la vida.

El 14 de marzo de 1871, cuando salía de las fragosidades de Capotillo haitiano, con los 45 patriotas que acompañaban a Luperón en su protesta armada contra el proyecto de Anexión a los Estados Unidos fraguado por Báez, Rodríguez Objío escribió el himno llamado de Capotillo o de la Restauración, convertido, con música improvisada, en canto de guerra de aquellos héroes.

Derrotadas las tropas revolucionarias en el memorable combate de El Pino, por los campos de Guayubín, Rodríguez Objío fué hecho prisionero y condenado a muerte. "La hora de la venganza, —escribía José Joaquín Pérez en 1875,— había sonado ya!" El General Juan Gómez, bajo cuya custodia generosa emprendió el camino de Santo Domingo, hizo inútiles esfuerzos por salvarle la vida. En Santiago, en todos los pueblos del trayecto, empeñáronse en que no se realizara la ejecución del joven prócer, digno de esa gracia por su acrisolado patriotismo, por su edad y por las dotes de su preclara inteligencia. La resolución de Báez era irrevocable. Ni lágrimas ni ruegos, ni las súplicas del cuerpo diplomático y consular, ni de las logias masónicas, ni el llanto de las damas que se arrojaron a los pies del inmutable mandatario, ni el dolor de la madre infeliz, llorosa e implorante, ablandaron su corazón. Nunca una lágrima, arrancada por tan intensa angustia cayó sobre piedra tan fría como esa alma endurecida por el agravio, y empuñada por la más siniestra de las venganzas!

La tradición conserva todavía el pesaroso recuerdo de aquellos días de duelo para los acongojados moradores de esta vieja ciudad, tan heroica y tan sensible y tan humanitaria aún en los más terribles trances de su historia. Una dama extranjera, de ilustre nombre y singular belle-



za, fué la escogida para que hablase a nombre del grupo de damas que se acercó al Presidente Báez a rogarle por la vida del poeta, que ya estaba en capilla. Arrojóse la bella mujer a las plantas de Báez, pero él no oyó la palabra trémula de la hermosa, ni vió sus ojos suplicantes; sólo vió la tentación de esa beldad de carnes opulentas, entre cuyas sedas, en aquella postura, se ofrecían a sus ojos las incitantes cimas del seno tembloroso; y aquel hombre, indigno del gesto de Friné, sensual por instinto, vencedor de la piedad, se sobrepuso al natural despertamiento de su sangre y exclamó alzándole del suelo:

“Levántese, señora! Si su hermosura pudiera defenderme del enemigo, yo lo perdonara...”

Al día siguiente, 18 de abril de 1871, las balas fratricidas desgarraban el corazón de Manuel Nemesio Rodríguez Objío: no se acobardó frente a la muerte; no gimió ni suplicó; serenamente despidióse de familiares y de amigos; encomendó su alma al eterno, y sus ejecutorias al desapasionado juicio de los hombres.

Junto a la lira ensangrentada, para siempre silenciosa, quedó inerte aquella carne joven que animaran un noble y alto espíritu y una inteligencia esclarecida, en plena florescencia.

Mañana, cuando se conozcan las poesías, en parte publicadas, de este poeta que fué, en cierto modo, precursor de la insigne Salomé Ureña, y corran impresas sus extensas e importantes obras aún inéditas, las RELACIONES, y la VIDA POLITICA Y MILITAR DEL GENERAL GREGORIO LUPERON E HISTORIA DE LA RESTAURACION, escritas con admirable estilo, habrá de reconocérsele como uno de los más brillantes escritores dominicanos de su tiempo. Se conocerá, también, cuanto hizo por la Patria y cuales fueron los sueños y las glorias malogradas en él al apagarse, en el patíbulo, la desdichada estrella de su vida.

Al siglo de nacer, el Gobierno de la República, la Academia Dominicana de la Historia, la posteridad reconocida, se prosternan reverentes y devotas ante la tumba de quien fué, como el Cantor del Niágara, poeta, historiador, periodista y prócer de la libertad, en el breve espacio de una vida aciagamente malograda.

Ya es la hora de su resurrección. Que así como le despertaran las bélicas cornetas en los épicos amaneceres de la manigua, en la cima del legendario Capotillo o entre las ruinas de Santiago, ¡hoy le despiertan las dianas de la inmortalidad!

Emilio Rodríguez Demorizi.

DOMINICANOS INSIGNES EN EL EXTERIOR

POR FR. CIPRIANO DE UTRERA

Dos fines abarca esta sesión pública de la Academia de la Historia: el primero, de exultación recordatoria de un prócer, el historiador, poeta y soldado Manuel Nemesio Rodríguez Objío; el segundo, de exultación de mi persona, mediante la otorgación solemne del Diploma que me acredite como Miembro Correspondiente de la misma Academia en el Extranjero. En el hecho, estamos ejecutando un retruécano de honra: Rodríguez Objío es una joya nacional de vuestro pasado histórico, a quien habéis dado vida de gloria en el acto presente, y yo soy un hombre del presente que vive entre las joyas de honra nacional histórica de vuestro pasado.

Bien me reconozco, Señores, dotado de plena inteligencia para saber que la distinción de que soy objeto, no sólo por parte de la Academia Dominicana de la Historia, sino por el concurso de todos vosotros al presente acto, es enteramente inmerecida, pero que está informada del espíritu de estímulo con que debe ser recibida, no ya por mí que desconozco el significado de “ingratitude” hacia el honor que directamente influye en la pobre librea de franciscano y capuchino que entre vosotros vió, sino también por aque-

llos que son de mi propia nacionalidad y que en países que no son el propio, deben proceder a imitación perfecta de Aquel que pasó entre los hombres haciendo el bien por dondequiera que iba.

Con este sentimiento de gratitud, doy públicamente las gracias a todos los señores Académicos, y especialmente a los licenciados Logroño y Rodríguez Demorizi, a cuya iniciativa espontánea debo la distinción que se me ha decernido, y a los cuales absuelvo del error, si acaso lo han cometido, de creer que merezco tal distinción, en gracia a que han acertado en cifrar sus esperanzas en mi futura dedicación a los estudios históricos, ya que otros que tengo hechos han sido el pretexto, que no el mérito, para haberseme contado entre los Menéndez Pidal, los Rodríguez Marin y los Marchena Colombo, a quienes con honor me han asociado.

Prenda de ello debo dar, desde luego, en este mismo acto, como que ya es costumbre que al tiempo de la conferición del Diploma, el agraciado suelte prenda y dé lectura a un trabajo, cuando no de mérito, consecutáneo y tal que cumpla

